

LOS NOMBRES DE LA MÁQUINA: SEMÁNTICA DE LO MECÁNICO EN EL GUARANÍ CHAQUEÑO

*María Agustina Morando**

Introducción

Al igual que casi todas las lenguas indígenas sudamericanas, la lengua guaraní hablada en la margen occidental del Chaco, comúnmente llamada «chiriguano» o «guaraní chaqueño», se encuentra atravesada por procesos de innovación que derivan en la incorporación de nuevas palabras al repertorio léxico. Estas dinámicas pueden observarse claramente ya en los primeros registros escritos de esta lengua que nos legaron los misioneros franciscanos desde fines del siglo XVIII, y que se relacionan con la coyuntura cambiante que afectaba a los indígenas chaqueños desde el establecimiento de las misiones jesuitas y luego franciscanas desde finales del siglo XVII. En efecto, tan tempranamente como a finales del siglo XVIII, el primer registro lexicográfico de esta lengua escrito por el franciscano Pedro León de Santiago exhibe la intención de incluir varias palabras relacionadas con los nuevos artefactos que los indígenas comenzaban a adquirir por su creciente contacto con el frente colonizador; así, con el correr del tiempo, además de las cuestiones estrictamente religiosas, los registros lingüísticos misionales comienzan a incluir cada vez más vocablos referidos a los nuevos enseres domésticos, alimentos o máquinas que empiezan a nutrir la existencia de los neófitos indígenas. En este trabajo, haré foco exclusivamente en la documentación de las nuevas palabras relacionadas con lo mecánico¹.

* IICS/UCA-CONICET (Argentina), CIHA (Bolivia). Correo electrónico: agustinamorando@uca.edu.ar

¹ Para la transcripción de palabras en la lengua indígena, adopté el alfabeto utilizado en las obras más recientes (GUSTAFSON 2014; HARWOOD 2003 [1995]; ROMERO YAGUARI 2006; ORTIZ GARCÍA, CAUREY 2011) compuesto por doce vocales, seis orales (<a>, <e>, <i>, <o>, <u>, <i>) y seis nasales

El proceso de registro de nuevas palabras por los misioneros franciscanos puede seguirse hasta las primeras décadas del siglo XX cuando, debido a una serie de circunstancias –secularización de las misiones en Bolivia, comienzo de la guerra del Chaco, migraciones masivas de indígenas desde Bolivia hacia la Argentina para trabajar en la industria agrícola y azucarera–, el régimen misional queda severamente afectado y comienza un declive de la producción escrita de los misioneros. Por esta razón, asimismo, a partir del siglo XX la mayor parte de la información sobre los indígenas chaqueños y sus lenguas proviene mayormente de etnógrafos y misioneros especializados en la traducción y/o lingüistas. Los registros para ese período son más bien escasos y escuetos, razón por la cual este proceso de rastreo se dificulta en gran medida y no revela demasiada información que resulte útil a los efectos de este trabajo.

Sin embargo, el proceso de registro de nuevas palabras en las que los saberes mecánicos ocupan un lugar central comienza a acelerarse a partir de la década de 1980, como efecto de una serie de cambios que suceden en la organización indígena en Bolivia, fruto de los cuales se crea en 1987 la Asamblea del Pueblo Guaraní (APG), una organización indígena que, hasta el día de hoy, actúa como órgano máximo de representación del pueblo guaraní en ese país y cuya influencia ha llegado incluso en algunos casos hasta los guaraní hablantes del noroeste argentino². Luego de la creación de la APG, la lengua guaraní chaqueña comienza a insertarse cada vez más en distintos ámbitos de la vida social regional –escolar, jurídico, académico–, lo que dio lugar al surgimiento de nuevas palabras que circulan en el discurso oral, en distintos tipos de materiales impresos circulados por diferentes organizaciones guaraníes, e incluso actualmente en las redes sociales.

Manifiestos particularmente a partir del surgimiento de neologismos, los procesos de innovación léxica pueden presentarse de diversas formas: mediante la creación de nuevas palabras, mediante la incorporación de préstamos, o bien mediante procesos de extensión semántica por los cuales determinados vocablos ya existentes en la lengua adquieren nuevos significados³. Por esta razón, aquí no sólo trabajaré con diccionarios y glosarios sino también, y puntualmente hacia el final de este trabajo, con documentos relacionados con programas educativos, cartillas escolares y páginas web donde he identificado elementos léxicos novedosos muchos de los cuales se han incorporado al léxico cotidiano de los hablantes de esa lengua.

Los chiriguano son un grupo indígena con un devenir etnohistórico particular. En el ámbito piedemontano del Chaco occidental, el grupo se conformó desde el siglo XVI a partir del mestizaje entre una minoría guaraní y una mayoría arawak, la primera de las cuales dominó militar y políticamente a la segunda dando origen

(<ä>, <ë>, <ï>, <ö>, <ü>, <ĩ>) y por dieciocho consonantes simples y compuestas entre las que se distinguen también orales (<ch>, <gu>, <j>, <k>, <ku>, <p>, <pu>, <r>, <s>, <t>, <v>, <y>) y nasales (<m>, <mb>, <n>, <nd>, <ng>, <ñ>).

² HIRSCH 2003.

³ MATORÉ 1953; BARBOSA 1981.

a una «civilización mixta» conocida por la etnografía regional bajo el nombre de «chiriguana», «chiriguano» o «chiriguanaes»⁴. Como consecuencia de ello, el grupo construyó su identidad étnica en contraposición con los blancos o *karai* al integrar la matriz lingüística y cosmológica guaraní con ciertos elementos sociológicos y materiales de la cultura arawak. Según la tradición misionera, etnográfica y lingüística, entonces, la lengua «chiriguano» o «guaraní chaqueño»⁵ es un desprendimiento de la familia lingüística tupí-guaraní perteneciente a la rama meridional de esta familia, junto al ñandeva, kaiowá, mbyá o el aché. Se distinguen cuatro dialectos principales (el ava, el simba, el chané y el isoseño) y, en la actualidad, es hablada por aproximadamente 70.000 personas en el Oriente boliviano (departamentos de Santa Cruz, Chuquisaca y Tarija), en el norte argentino (provincias de Salta y Jujuy) y en sectores dispersos del oeste de Paraguay (departamento de Boquerón)⁶. Tipológicamente hablando, esta lengua posee rasgos muy similares a los de otras lenguas que componen la familia lingüística tupí-guaraní. Se trata aquí de una lengua de tipo aglutinante y polisintética⁷, con lo cual el lector advertirá en el análisis que muchas palabras se forman por composición de otras palabras y por adición de prefijos, afijos y sufijos.

Con el correr de los siglos, los chiriguanos atraviesan asimismo un profundo proceso de cambio como consecuencia de su progresiva integración al régimen misional a partir de finales del siglo XVII, cuando los misioneros jesuitas pertenecientes a la provincia del Paraguay comienzan a fundar varias misiones en la zona de Tarija (actualmente Bolivia)⁸. Sin embargo, los intentos misionales por reducir a los chiriguanos fueron por largo tiempo ineficaces, debido a los constantes ataques de los mismos nativos. Poco antes de la expulsión de los jesuitas de América, en 1755, la orden franciscana funda un Colegio propio en Tarija para continuar con la tarea de evangelización comenzada por la Compañía de Jesús en la región, logrando establecer a lo largo de los años veintiún misiones con más de veinte mil indígenas a comienzos del siglo XIX⁹.

⁴ MÉTRAUX 1948; SUSNIK 1968; COMBÈS, SAIGNES 1995; SAIGNES 2007.

⁵ Aquí utilizaré por una cuestión de practicidad el etnónimo «chiriguano» ya que se trata del término más corriente en la historiografía, la etnografía y la lingüística del Chaco. Sin embargo, no dejamos de captar por ello un aspecto más político del término. Si bien abundan las referencias a este nombre, los propios indígenas muchas veces lo rechazan y se identifican como «guaraníes», y consideran a «chiriguano» como un término peyorativo que provendría de la lengua quechua: *chiri* («frío») y *guano* («excremento»); es decir, «excremento frío». En otras lecturas menos difundidas, se propone asimismo que los chiriguanos serían los «castigados por el frío», habiendo sido tomados prisioneros por el Inca y expuestos a la intemperie. Sea como fuere, lo que es importante retener es que no se trata de un rótulo necesariamente aceptado por todos los grupos guaraníes hablantes del Chaco occidental, que prefieren autodenominarse «guaraníes» (COMBÈS, VILLAR 2007).

⁶ DIETRICH 2005, 2009, 2011.

⁷ DIETRICH 1986.

⁸ LANGER 2009.

⁹ COMAJUNCOSA, CORRADO 1884, p. 275.

A la vez, a partir de la segunda mitad del siglo XIX se acelera en la región el avance de la frontera agrícola-ganadera y las poblaciones indígenas –tanto las eventualmente alcanzadas por el régimen misional como aquellas que aún no se habían incorporado a él– comienzan a disponer cada vez de menores extensiones de tierra¹⁰. En este contexto, las misiones franciscanas adquieren un papel fundamental en la incorporación de los indígenas al mercado laboral, sobre todo en la industria agrícola y en la azucarera, la última de las cuales comenzaba a cobrar gran importancia hacia fines de siglo en el noroeste argentino¹¹. En efecto, la situación de las misiones se mantiene relativamente estable hasta mediados del siglo XIX, cuando comienzan a producirse una serie de movimientos migratorios de la población chiriguano desde el sureste de Bolivia (donde estuvieron históricamente asentados) hacia el noroeste de la Argentina, país llamado por estos indígenas *Mbaaporenda*; es decir, «lugar del trabajo»¹². Las causas de estas migraciones obedecían a distintos factores, como la creciente secularización de las misiones franciscanas bolivianas, la inserción creciente de los indígenas en la economía de mercado, las pobres condiciones de trabajo en las colonias agrícolas bolivianas y las crecientes oportunidades laborales en la zafra y los ingenios argentinos¹³. Los desplazamientos se intensificaron asimismo entre 1932 y 1935, debido a la guerra del Chaco librada entre Paraguay y Bolivia.

Al principio las migraciones eran estacionales, pero poco a poco devinieron permanentes afectando de modo notable la estructura misional en la zona. De hecho, si el franciscano Angélico Martarelli registra en 1870 que la población misionalizada de chiriguanos era aproximadamente de 40.000 a 46.000 personas, para 1912 la cifra desciende a 26.403 según las estimaciones de Bernardino de Nino¹⁴. El régimen misional, de hecho, debió lidiar con los problemas que generaba la migración masiva de los indígenas. Mientras el Colegio de Tarija atravesaba en Bolivia un período de secularización y vaciamiento por las migraciones de los neófitos, en el noroeste argentino el Colegio de Salta comenzaba a asumir mayor actividad con el establecimiento de misiones en diversos poblados de la zona a partir de la década de 1930: Río Caraparí (1933), La Loma (1942), Tuyunti (1946), San José de Yacuy (1952), Piquirenda (1964) y San Francisco de Pichanal (1970).

Como relata el etnógrafo sueco Erland Nordenskiöld al recorrer el noroeste argentino en 1908, los miles de indígenas que se desplazaban desde el sur de Bolivia en busca de trabajo lo hacían con la esperanza de ganar mejores salarios y atraídos

¹⁰ PIFARRÉ 2015 [1989], pp. 299-323. La etnóloga eslovena Branislava Susnik (1968, pp. 214-215) describe este proceso de avance de las haciendas criollas sobre las tierras indígenas como el conflicto «maíz-vaca», puesto que la siembra del maíz era una actividad fundamental para la subsistencia de los chiriguanos mientras que, del otro lado, los criollos colonizaban la tierra con ganado.

¹¹ LANGER 1995 [1987].

¹² MÉTRAUX 1930; NORDENSKIÖLD 2003 [1922].

¹³ BOSSERT, COMBÈS, VILLAR 2008.

¹⁴ MARTARELLI 1918 [1889], p. 162; DE NINO 1912, p. 79.

por las «maravillas de los blancos» a las que se podía acceder en aquel país, fundamentalmente cuchillos, herramientas, fusiles, pólvora, balas, ropa, azúcar, fósforos o anilina. Nordenskiöld relata que los chiriguano que trabajaban en los ingenios azucareros llevaban una vida muy similar a la de los trabajadores criollos, que incluso llega a describir como «una especie de cultura de las latas de conserva»¹⁵. En este contexto, observa que los tradicionales enseres domésticos chiriguano, generalmente fabricados con arcilla para el almacenamiento de alimentos, estaban siendo lentamente reemplazados por recipientes de conservas vacías, platos de hojalata y hasta bacinicas. El sueco se sorprende, asimismo –y no muy gratamente– por la costumbre difundida entre los indígenas de las fábricas de obtener armas de fuego¹⁶.

Del mismo modo, el etnógrafo suizo Alfred Métraux observa una pérdida precipitada de la cultura material propiamente indígena que, de acuerdo con sus pronósticos, no sobreviviría más de dos o tres décadas, razón por la cual sus campañas etnográficas estuvieron muchas veces centradas en la recolección de objetos para el armado de colecciones museológicas¹⁷. A sus ojos, el desplazamiento de objetos indígenas por aquellos criollos daba paso a un proceso de «aculturación» irreversible. En su artículo *Mitos y cuentos de los indios chiriguano*¹⁸, incluso llama la atención no solamente sobre el abandono cada vez mayor de la cultura material indígena, sino también sobre el de sus creencias, y transcribe lo que le expresa su colaborador Taruirí: «Cómo quieres que los *ava* (los hombres por excelencia, es decir los chiriguano) conozcan estas cosas, pues van a la Argentina, llevan zapatos y se parecen a los *karai* (blancos o mestizos)»¹⁹.

Los cambios de la vida indígena reflejados por la lexicografía chiriguana entre los siglos XVIII y XIX

Los cambios por los que atravesó la vida de los indígenas chiriguano como consecuencia de su misionalización, su consecuente incorporación al mercado laboral y el contacto cada vez más masivo con los bienes materiales obtenidos de los *karai* o «criollos» deja un rastro concreto que podemos seguir claramente desde la lexicografía, los diversos diccionarios y los frasarios. Allí los franciscanos registraban las particularidades de la lengua indígena, y nos permiten apreciar que estos aspectos coyunturales que por entonces afectaban su vida quedaban indefectiblemente re-

¹⁵ NORDENSKIÖLD 2002 [1912], p. 5.

¹⁶ NORDENSKIÖLD (2002 [1912]) relata un episodio en el que el jefe toba Taycolique reta a una competencia de tiro a un grupo de criollos. La competencia es ganada por los tobas, ya que el cacique se preocupaba especialmente por armar y entrenar a su gente.

¹⁷ BOSSERT, VILLAR 2007.

¹⁸ MÉTRAUX 1932.

¹⁹ MÉTRAUX 1932, p. 119.

flejados en la aparición de una gran cantidad de nuevas palabras. En efecto, estos textos misioneros contienen una cantidad de palabras nuevas relacionadas con los objetos que los indígenas fueron incorporando con el correr del tiempo a su existencia cotidiana, como por ejemplo, el reloj, los anteojos, el espejo o los medicamentos occidentales.

Al interior de este gran repertorio terminológico referido a la tecnología del *karai* las máquinas ocupan naturalmente un lugar preponderante y, por tanto, me centraré aquí en los términos referidos al dominio de lo mecánico: así, por ejemplo, en el temprano *Diccionario breve chiriguanae*, escrito hacia 1791 por el franciscano español Pedro León de Santiago –que es el primer documento referido a la lengua guaraní hablada en el Chaco occidental–, encontramos ya algunas palabras chiriguanas referidas a las armas, por ejemplo *mboka*, que aparece como nueva palabra con el significado de «arcabuz»; *mboka guasu* –en la grafía original *mboca guasu*–, vertida como «cañón», o *mboka-mi* –en la grafía original *mboca miri*–, ofrecida como traducción para «pistola»²⁰. En chiriguano antiguo, entonces, las armas de fuego aparecen agrupadas bajo un solo término: *mboca*. El etnógrafo sueco Erland Nordenskiöld (1922: 128) propone que esta palabra sería un préstamo temprano del castellano «boca de fuego» o del portugués «boca de fogo»²¹. La diferencia entre los distintos tipos de armas de fuego queda marcada por la adhesión de calificativos al vocablo *mboka*. Así, por ejemplo, el propio León de Santiago recopila dos términos que tienen como base a la categoría: por un lado, uno que refiere a armas de fuego de gran tamaño como el cañón, en el que al vocablo *mboka* se agrega el aumentativo *guasu*, y, por otro, uno que refiere a armas más pequeñas como la pistola, que aquí aparece como *mboka-mi*, en la cual a *mboka* se añade el diminutivo *mi*²².

Una vez desatadas las guerras independentistas en Sudamérica, la estructura misional franciscana quedó severamente afectada, con lo que debemos esperar hasta la segunda mitad del siglo XIX para encontrarnos con materiales lexicográficos nuevos que nos permitan estudiar esta cuestión con cierto detalle. Al retomar la orden franciscana sus actividades a partir de la década de 1830, Andrés Herrero, por entonces prefecto del Colegio Propaganda Fide de Moquegua, es designado para buscar en Europa misioneros dispuestos a trabajar en Sudamérica. Así, entre 1835 y 1837 arriban a la zona unos ochenta religiosos destinados a distintos colegios, entre

²⁰ LEÓN DE SANTIAGO 1791, p. 34.

²¹ NORDENSKIÖLD 1922, p. 128.

²² También podemos encontrar varios neologismos que pertenecen a otras esferas temáticas, como *ñee-kuatia* «palabras escritas» –en la grafía original *ñeecuatiá*–, *kuatia-mi* «carta» –en la grafía original *cuatia miri*–, *kise puku* «sable» o «espada» –en la grafía original *quice pucu*–, *ye-cha-ka* «espejo» –en la grafía original *yeechaca*–, *tesairu* «anteojos» –en la grafía original *tesairu*– (respectivamente, LEÓN DE SANTIAGO 1791, pp. 124, 249, 174, 269, 237). En este y otros diccionarios posteriores también aparece, como es de esperar, una gran cantidad de palabras novedosas relacionadas con el cristianismo (MORANDO 2017). He respetado la ortografía original de cada obra y, por esta razón, es posible que el lector note algunas discrepancias en la escritura de ciertas palabras.



1. Hombres chanés recibiendo instrucción sobre el uso de armas de fuego durante el servicio militar en Argentina, década de 1970. Fuente: Archivo privado familia Centeno (Aguaray, Argentina).

los cuales se encontraba el de Tarija. La gran mayoría de estos frailes eran de procedencia italiana.

Ese período ha sido marcado por el florecimiento de la literatura sobre los chiriguano y, en especial, sobre su lengua²³. Una de las obras más importantes es quizá el *Diccionario Chiriguano Español...* de Doroteo Gianneccchini. En esta obra, más reciente que el *Diccionario...* de León de Santiago, podemos advertir una presencia mucho mayor de neologismos vinculados con lo mecánico. Nuevamente encontramos los términos *mboka* «arcabuz» o «escopeta» –en la grafía original *mboca*–, *mboka guasu* «cañón» –en la grafía original *mboca guasu*– y *mboka-rai* «pistola» o «revólver» –en la grafía original *mboca rai*²⁴–. En relación con la semántica de estos términos, sucede algo similar a lo comentado previamente: al vocablo *mboka* se agregan aumentativos (*guasu*) y diminutivos (*rai*) que dan origen a nuevos nombres de armas. Pero, a la vez, encontramos ahora algunas otras palabras referidas a las armas como *mboka-kui* –en la grafía original *mbocacüi*–, término que refiere a la «pólvora», o *mboka-jäi*, término que refiere a las «balas» o «perdigones»²⁵ –en la grafía original *mbocanái*. Si indagamos en la semántica de estos términos, advertimos que *mboka-kui* «pólvora» se forma a partir de *mboka* «arma de fuego» y *kui* «polvo», es decir, «el polvo del arma de fuego»; o que *mboka-jäi*, neologismo para «bala» o «perdigón», se forma con *mboka* «arma de fuego» y *täi* «semilla» flexionada con marca de posesivo en tercera persona del singular; esto es, entonces, «la semilla del arma de fuego».

²³ COMAJUNCOSA, CORRADO 1884; COMBÈS 2015.

²⁴ GIANNECCHINI 1916 [1896], p. 15, 111.

²⁵ GIANNECCHINI 1916 [1896], p. 111.

En los apuntes dejados por el franciscano Santiago Romano, agrupados bajo el título *Diccionario del P. Giannecchini compilado por el P. Santiago Romano*, de 1880, aparece además otro término que podemos sumar a esta lista: *mboka tevi*, traducido como «rifle a retrocarga»²⁶ –en la grafía original *mboca tevi*. En este caso, a *mboka* se añade el vocablo ya existente en la lengua *tevi*, que significa «nalgas» o «asiento». Esto se relaciona con la característica particular de este tipo de armas: cargarse por la parte trasera de su mecanismo, en lugar de la delantera.

También en la obra de Giannecchini detectamos algunas menciones a máquinas²⁷. Por ejemplo, *mbae-yopi-ja* «prensa» –en la grafía original *mbaeyopihā-*, *mbae-raanga* «balanza», *mbae-rapi-ja* «quemador» –en la grafía original *mbae-rapihā-*, *kuarasiraanga* «reloj» –en la grafía original *cuarassiraanga-*, y *takua-nëe yoso-ja* «trapiche» –en la grafía original *tacunëe iyosohā*²⁸. Así, *mbae-yopi-ja*, el neologismo para «prensa», está compuesto por *mbae* «cosa», *yopi* «comprimir» o «aplastar» y el sufijo agente *-ja*, con lo que podríamos traducirlo literalmente como «la cosa que comprime o aplasta». Por su parte, «balanza» es traducido como *mbae-raanga*: *mbae* «cosa» y *taanga* «imagen» flexionada con marca de posesivo en tercera persona del singular; por tanto, algo así como «la medida de la cosa». *Mbae-rapi-ja*, nueva palabra para «quemador», está compuesta a su vez por *mbae* «cosa», *api* «quemar» y el sufijo agente *-ja*; o, en otras palabras, «la cosa que quema». Por su parte, la palabra *kuarasi-raanga* está compuesta por *kuarasi* «Sol» y *taanga* «medida» o «imagen» flexionado con marca de posesivo en tercera persona del singular, con lo que podríamos traducirla como «la medida del Sol». En relación con el neologismo para «trapiche», *takua-nëe yoso-ja*, podemos observar que está formado, por un lado, por *takua-nëe* «caña dulce» y, por otro, por *yoso-ja*, donde *yoso* significa «moler» y *-ja* es sufijo agente; con lo cual podría traducirse aproximadamente como «lo que muele la caña dulce».

En este diccionario también pueden encontrarse algunos pocos casos de palabras que designan a las profesiones relacionadas con el manejo de esas máquinas. Tal es el caso de *mbae-yopi-ka* «prensador» –en la grafía original *mbaeyopika*²⁹–o *kuarasi-raanga iya* «relojero» –en la grafía original *cuarassiraanga iya*³⁰. La primera está formada por *mbae* «cosa», *yopi* «comprimir» o «aplastar» sumado al factitivo *-(u)ka*, esto es, «la cosa que hace comprimir». La segunda está com-

²⁶ ROMANO 1880, p. 17.

²⁷ También podemos identificar algunas palabras nuevas relacionadas con otras esferas temáticas referidas al cambio social, como *jepi-rā* «salario» –en la grafía original *heppina-*, *mbae-recha-ka* «catalejo» –en la grafía original *mbaerechaca-*, *ko-repoti-riru iya* «cajero» –en la grafía original *corepotiriru iya-*, *moa-renda* «botica» –en la grafía original *moarendā-*, *moa-renda-rai* «botiquín» –en la grafía original *moarendarāi-*, *moa iya* «boticario» –en la grafía original *moaiya-* (ver respectivamente GIANNECCHINI 1916 [1896], pp. 160, 27, 24, 30, 57).

²⁸ Ver respectivamente GIANNECCHINI 1916 [1896], pp. 142, 21, 117, 154, 177.

²⁹ GIANNECCHINI 1916 [1896], p. 142.

³⁰ GIANNECCHINI 1916 [1896], p. 154.



2. Indígenas chiriguanos trabajando en el procesamiento de la caña de azúcar con un trapiche en la Misión de la Purísima de Tarairí (Bolivia) a fines del siglo XIX. Fuente: GIANNECCHINI, MASCIÓ 1898.

puesta por *kuarasi-raanga*, neologismo para «reloj» e *iya* «dueño», es decir, «el dueño del reloj».

Por último, podemos mencionar asimismo los términos para designar algunos materiales con los que se construyen las máquinas. Uno de los pocos que aparece en estos materiales lexicográficos es el metal, que lleva genéricamente el nombre de *kore-poti* –en la grafía original *corepoti*³¹–. En cuanto a la etimología de este término, podemos decir que deriva de *kuare*, que significa «hoyo», «agujero» y *tepoti* «excremento», «evacuación» o «floración», con lo que el término puede ser glosado entonces como «las evacuaciones de un agujero». También podemos encontrar, entre estos materiales lexicográficos, algunos elementos fabricados con ese material y que pueden utilizarse en la construcción de las máquinas: tal es el caso de *kore-poti kutu-ja* «clavo» –en la grafía original *corepoti icutuha*³²–, expresión formada por *kore-poti* «metal», *kutu* «clavar» o «punzar» más el sufijo agente *-ja*; lo que podríamos traducir aproximadamente como «el metal que clava».

El siglo XX y la profundización de la innovación léxica

Desmantelado el régimen misional, el proceso de registro de la lengua chiriguana sufre una merma importante. A partir de las primeras décadas del siglo XX, en efecto, los registros de esta lengua pasan a ser mayormente realizados por etnógrafos o lingüistas. Estos son generalmente muy escuetos –a diferencia de los materiales dejados por los franciscanos que se dedicaron extensamente al estudio de la lengua– y no resultan de mayor utilidad para estudiar los procesos de innovación léxica³³.

³¹ GIANNECCHINI 1916 [1896], p. 26.

³² GIANNECCHINI 1916 [1896], p. 26.

³³ Ver, por ejemplo, NORDENSKIÖLD 2002 [1912], p. 147; SCHMIDT 1938, pp. 92-123.

Por esta razón, como ya mencioné al inicio, habrá que esperar hasta la década de 1980 para retomar el análisis, ya que debido a los cambios profundos en la organización institucional de los guaraníes en Bolivia y el surgimiento de instituciones como la APG, que impulsaron la inserción de la lengua guaraní, entre otros, en el ámbito escolar, académico o jurídico, comienzan a producirse más materiales escritos sobre la lengua chiriguana y se intensifica la aparición de nuevas palabras. La mayor parte de las nuevas palabras registradas durante este período, que se extiende hasta la actualidad, circula no sólo en el discurso oral sino también por tanto en diccionarios, glosarios, documentos relacionados con programas educativos, cartillas escolares y páginas web.

Si bien no existe un término específico para designar la idea misma de «máquina», ésta suele nombrarse mediante el término *tembi-poru*. Esta palabra no es nueva en la lengua ya que se utiliza comúnmente para designar cualquier tipo de instrumento, utensilio, artefacto o herramienta. Sin embargo, como efecto de un proceso de extensión semántica, esta palabra se ha comenzado a utilizar en los diccionarios contemporáneos también para referir al concepto «máquina». En sentido estricto, la palabra está compuesta por el prefijo nominalizador *tembi-* más *poru* «usar», con lo que el término podría entenderse como «lo que se usa». Por otra parte, el conjunto de conocimientos sobre cuya base funcionan las máquinas y que podríamos denominar «tecnología» también se encuentra lexicalizado bajo el término *mbae-poki-apo*³⁴. Si descomponemos este vocablo, puede apreciarse que está formado por el término *mbae* «cosa», *poki* «habilidad» y finalmente *apo* «crear», con lo cual podríamos glosarlo de manera aproximada como «cosa que crea habilidad».

Para describir los nombres que reciben algunas de las nuevas máquinas, tomo aquí la decisión de agruparlos tomando en consideración el tipo de energía sobre cuya base funcionan. Además de las máquinas que funcionan por energía químico-térmica, como las armas a las cuales he hecho mención, puedo mencionar también aquellas otras que funcionan por energía eléctrica: por ejemplo, el «torno», que recibe el nombre de *yere-ka*, término ampliamente utilizado en la cotidianidad por los hablantes de esta lengua. Este proviene de *yere* «girar» sumado al factitivo *-(u)ka*, con lo cual podría traducirse como «lo que gira». Otra máquina que podríamos incluir en esta categoría sería la bomba, cuyo nombre es *mbo-yere moata*. Al igual que el término *yere-ka*, la expresión *mbo-yere moata* proviene de *yere* «girar» más el factitivo *-mbo-*, y *moata* «atraer», con lo cual el término equivaldría literalmente a «lo que hace girar y atraer».

Veamos, a continuación, algunas otras máquinas cuya incorporación a la vida indígena es todavía más reciente. Por ejemplo, el «teléfono», traducido como *ñee-ra-pe*³⁵. Este término está compuesto por *ñee*, traducible como «lenguaje», «idioma», «voz» o «habla», y por *tape* «camino» flexionado en la tercera persona de singu-

³⁴ AYMA, BARRIENTES, MÁRQUEZ 2004, p. 85.

³⁵ VELIZ 1999, p. 144.

lar, con lo que podría traducirse consecuentemente como «el camino del habla». Otro artefacto para el que existe una nueva palabra es la «radio» o *ñee-rendu-ka*³⁶, término compuesto por *ñee* «lenguaje», «voz» o «habla», *endu* «escuchar» más el factitivo *-(u)ka*; es decir, entonces, «aquello que hace escuchar la voz, el habla». Por último, también podemos incluir en este conjunto el término *kuatia-siri-ka*³⁷, una nueva palabra para nombrar la «computadora». Este término está compuesto por *kuatia* «escribir», *siriki* «ágil», «veloz» sumado al factitivo *-(u)ka*; o, en otras palabras, «aquello que hace escribir velozmente».

Otro tipo de máquinas que podemos incluir aquí son aquellas que utilizan ambos tipos de energía. Por ejemplo, el avión es designado a partir del término *kurusu o-veve*, en el cual *kurusu* es el préstamo castellano para «cruz» y *o-veve* «volar», con marca de tercera persona del singular, con lo cual el término podría traducirse como «cruz que vuela». Por otra parte, el término para referirse al automóvil es *täkarara*, estrechamente ligado con el vocablo *täkarara* o *tökororo* «rodar». Con este mismo nombre se designa también al juego comúnmente denominado «el aro», en el que se hace rodar un aro de metal que se debe ir empujando con un palo o con la mano sin que el aro pierda el equilibrio y caiga al suelo. El camión, en cambio, toma su nombre del castellanismo *kamiö*, utilizado de forma común en el discurso cotidiano. En este caso, por un lado, se produce la pérdida de la consonante final /n/ y la consecuente nasalización de la vocal /o/ que queda en última posición y se mantiene el acento prosódico oxítono de la palabra castellana. Por otro lado, desde el punto de vista gráfico, además de marcarse la nasalidad de la última vocal <ö>, se produce un cambio de <c> a <k> de acuerdo con el alfabeto del guaraní chaqueño más actual.

Otro conjunto terminológico relacionado con las máquinas se refiere a los elementos que las hacen funcionar, como la electricidad o el combustible, y que de alguna manera suministran la fuente que genera la energía que hace que las máquinas funcionen. El concepto de «energía» puede traducirse como *miräta*³⁸, término que en su acepción más general puede significar «fuerza» en el sentido físico del término. Así, por ejemplo, el concepto de energía eléctrica puede traducirse como *chii miräta*³⁹ o simplemente *chii*. *Chii* es una palabra con etimología onomatopéyica, que refiere al «escalofrío», y a partir de la cual se designa a la electricidad; en este caso, entonces, *chii miräta* podría entenderse como «la fuerza del escalofrío». Otro término lexicalmente cercano, como «circuito eléctrico», se traduce como *chii iyere*, en el cual *chii* está en composición con *i-yere* «vuelta» flexionada con marca de tercera persona del singular, lo que en sentido estricto designaría a «la vuelta de la electricidad». La energía solar, por otro lado, ha sido traducida como *kuarai-äta* o *kuarasi-äta*, donde *kuarai* o *kuarasi* es «Sol»

³⁶ VELIZ 1999, p. 145; AYMA, BARRIENTES, MÁRQUEZ 2004, p. 73.

³⁷ AYMA, BARRIENTES, MÁRQUEZ 2004, p. 17.

³⁸ HARWOOD 2003 [1995], p. 377.

³⁹ AYMA, BARRIENTES, MÁRQUEZ 2004, p. 32.

y además se le añade *äta* «dureza» o «firmeza»; o sea, literalmente, «la dureza o firmeza del Sol». El vapor también encuentra su nombre en esta lengua como *i-timbo* o *ivi-jakuvo*. En el caso de *i-timbo* está compuesto por *i* «agua» y *timbo* «evaporar». *ivi-jakuvo*, por último, es un término doblemente compuesto por *ivi* «tierra» y *jakuvo* «caluroso» o «vaporoso».

Los distintos elementos combustibles que hacen al funcionamiento de las máquinas también reciben distintos nombres. Por ejemplo, ya hemos visto que la «pólvora» puede traducirse como *mboka-kui*. El «petróleo», como base para la producción de otro tipo de combustibles, lo encontramos bajo los nombres de *ita-ne* o *ita-kira*, ambos corrientemente escuchados en el discurso cotidiano. El término *ita-ne* está formado por la composición de *ita* «piedra» e *ine* «hediondo»; o, en otras palabras, podría glosarse como «piedra hedionda». En el caso de *ita-kira* sucede lo mismo que con el término anterior, sólo que *ita* está en composición con *kira* «grasoso», y entonces sería «piedra grasosa». El «gas» también se traduce como *mbae-timbo*, en que *mbae* significa «cosa» y *timbo* «evaporar»; literalmente, entonces, «cosa que evapora». El «kerosene» se designa mediante el castellanismo *kerosë*. En este caso, lo que se observa es una reducción del cuerpo de la palabra y una nasalización de la última vocal. El acento prosódico permanece en la última sílaba, que es la misma sílaba en la que se acentúa en la palabra castellana. La gasolina se traduce como *mbae-timbo-i*⁴⁰, que al igual que el término utilizado para el «gas» proviene de una composición entre *mbae* cosa, *timbo* «evaporar» e *i* «agua», con lo que una posible traducción sería «cosa que evapora el agua». Por último, los combustibles de tipo «diésel» son denominados mediante el castellanismo ampliamente utilizado en el discurso cotidiano por los hablantes de esta lengua: *yese*.

En lo que se refiere por otra parte a los propios materiales con los que se construyen las máquinas, los metales cumplen naturalmente un papel fundamental. De manera general, habíamos visto que el «metal» se designa como *kore-poti*, término que actualmente se utiliza tanto para designar al metal en general como también al dinero. Es posible, además, registrar nombres de otros metales con los que también se construyen las máquinas. Así, el «oro» se llama con el nombre *kore-poti-yu*, donde *korepoti* significa «metal» e *iyu* «amarillo». La «plata», *kore-poti-ti*⁴¹, por su parte, es nombrada a partir del término compuesto por *kore-poti* más *ti* «blanco», o sea literalmente «metal blanco». El «hierro» se nombra mediante el castellanismo utilizado corrientemente en el habla cotidiana de los hablantes: *jiero*. Aquí se observa un cambio de /i/ a /x/, de /i/ a /i/ y de /ř/ a /r/. El «aluminio», por otro lado, también puede designarse con el término *jiero-vevi*⁴², donde *jiero* es «hierro» y *vevi* «liviano», es decir, «hierro liviano».

⁴⁰ AYMA, BARRIENTES, Márquez 2004, p. 40.

⁴¹ HARWOOD 2003 [1995], p. 439.

⁴² AYMA, BARRIENTES, MÁRQUEZ 2004, p. 6.

Palabras finales: los nombres de la máquina

Como ya he mencionado, el proceso de aparición de nuevas palabras en chiriguano o guaraní chaqueño está íntimamente relacionado con la nueva coyuntura socioeconómica a la que debía adaptarse la vida indígena en el Chaco occidental debido al avance del frente colonizador, lo cual comienza a verse reflejado tan tempranamente como en los registros escritos dejados por los misioneros franciscanos a fines del siglo XVIII. Sin embargo, este proceso de innovación léxica ha cobrado una significación particularmente notoria a partir de la década de 1980, como consecuencia de la creciente inclusión de esta lengua en nuevos ámbitos como el jurídico, el político y el académico.

La incorporación de nuevas palabras se produce en distintas esferas temáticas, por ejemplo, en la organización social y jurídica, los numerales, los sistemas métricos, lo académico o lo mecánico, entre otras instancias. Teniendo en cuenta esto, el objetivo de este trabajo fue realizar un acercamiento preliminar a las formas en las que se construye el saber mecánico en la lengua en cuestión, a partir del análisis semántico de las formas indígenas de nombrar las máquinas, los materiales con los que están fabricadas y el tipo de energía con el que funcionan, y considerando la mayor cantidad de registros posibles –escritos y orales– desde fines del siglo XVIII hasta el presente.

La innovación léxica, como vimos, puede manifestarse en distintas formas. Por un lado, tenemos palabras nuevas como *täkarara* «automóvil». También hemos visto que la innovación ocurre por la incorporación a la lengua de préstamos provenientes del castellano y que han sido adaptados –tal como sucede con *kerosë* «kerosene» o *kamiö* «camión»–. Por último, hemos visto que estos procesos de cambio se manifiestan a través de cambios semánticos en vocablos ya existentes, como en el caso de *tembiporu* «herramienta» pero también «máquina». Es importante resaltar que, si bien existen una gran cantidad de palabras nuevas que surgen constantemente, muchas de ellas no se encuentran del todo incorporadas al habla cotidiana y no son, por tanto, necesariamente representativas.

De todas las palabras mencionadas, aquellas que se encuentran más arraigadas en el léxico cotidiano de los actuales hablantes de esta lengua son sobre todo aquellas, por ejemplo, relacionadas con las armas, como *mboka* «arma de fuego», *mbokakui* «pólvora» o *mboka-jäi* «munición», «bala»; aquellas otras relacionadas con los metales como *kore-poti* «metal» o las relacionadas con ella como *kore-poti-yu* «oro», *kore-poti-ti* «plata», *jiero* «hierro», *jiero-vevii* «aluminio»; o bien con los combustibles como *itane* e *ita-kira* «petróleo»; así como también algunas otras relacionadas concretamente con máquinas como *yoso-ja* «trapiche», *täkarara* «automóvil» o *mbae-raanga* «balanza», entre muchas otras. En el caso de otras palabras, por el contrario, aún resta por ver si se incorporarán con el correr del tiempo al léxico cotidiano, como es el caso de palabras aparecidas mucho más tempranamente como *ñee-rape* «teléfono» o *kuatia-siri-ka* «computadora».

En el caso de las últimas, muchas veces su uso está poco difundido socialmente y queda entonces circunscripto a las esferas escolar, académica, jurídica o técnica. Sin embargo, a pesar de que muchas veces estas palabras no se insertan en el conjunto de unidades léxicas memorizadas por los hablantes comunes de la lengua, su existencia se encuentra apoyada por el hecho de encontrarse generalizadas entre al menos un cierto grupo de hablantes como los docentes de nivel primario, secundario, terciario y universitario y sus estudiantes, los miembros de determinadas profesiones, o bien aquellas personas que, por formar parte de distintas asociaciones indigenistas, se encuentran vinculadas con ciertos dominios particulares de léxico. Esto permite mantener un cierto escepticismo respecto de la supervivencia de algunos de estos términos, dado el carácter reducido de su uso entre los hablantes nativos. Algunos de ellos, entonces, con el correr del tiempo, serán incorporados al uso corriente de la lengua indígena, o en caso contrario quedarán descartados. Pero, a pesar de ello, el estudio del repertorio semántico que define a las nuevas palabras puede resultar una herramienta útil para pensar y comprender cómo se construyen los saberes indígenas sobre lo mecánico y cómo se definen las relaciones que establecen las personas con las máquinas y las tecnologías.